

ENTRE OLVIDOS Y
RECUERDOS
VILLAR DE CAÑAS

LUIS CLEMENTE

Publicado en Cuenca

Año 2011

ÍNDICE

Prólogo	4
La Virgen y el párroco	7
La santa cinta: entre la historia y la leyenda	15
La procesión	18
El último día de la fiesta	23
El Tío Elías	28
Avelino: un cazador atávico	32
“Las Presas”	36
El melón de la subasta	39

A mi madre

PRÓLOGO

Estas narraciones las comencé, va ya para algunos años, un día de la Asunción. Surgieron en mi mente las imágenes de ese día en Villar de Cañas, muchos años atrás, allá por mi adolescencia, cuando se trasladaba en procesión a Nuestra Señora de la Cabeza desde su ermita, en las afueras, hasta la iglesia parroquial. Era como la antesala de la fiesta que, con motivo de la Natividad de la Virgen, se desarrollaría el ocho de septiembre. Más adelante, seguí escribiendo. Y, sin darme cuenta, al filo de la víspera, habían salido de mis manos unas evocaciones sobre el pueblo y sus gentes.

Cuando alcancé a leer todos los relatos de un tirón, quedé satisfecho por haber cumplido una tarea que se me estaba poniendo difícil. Era, simplemente, la de reflejar en unas cuartillas mis vivencias de los veranos que pasé en ese pueblo. Pretendía tener a mano algo para cuando me sobreviniesen los momentos de nostalgia, esos trances tan frecuentes cuando ya no se cumplen los cincuenta.

También me di cuenta que estos frescos de largas pinceladas servirían para las personas que hubieran nacido allí. Pues bien, a esos naturales que, por supuesto, son muy

buena gente, que muchos ya no están con nosotros, y que otros más se encuentran lejos de Villar de Cañas, van dedicados y dirigidos estos relatos.

Tanto los personajes como las escenas en las que se hallan inmersos son reales: unas veces, las viví directamente; otras, las oí de los mayores; incluso, las que no procedan de alguna de esas dos fuentes, a buen seguro, que sus protagonistas las aprobarían con cariño, dejando entrever que les hubiera gustado que así hubiera sucedido.

Debo confesar que cuando vuelvo la mirada a otras narraciones de años atrás, compruebo que están lejos las fechas en las que escribía a la manera de los trabajos de redacción del bachillerato. Ahora trenzo los mimbres de mis relatos con todo lo que se me ha adherido de las muchas horas que les he dedicado a mis escritores favoritos. Lejos de una impronta personal sigo a pies juntillas muchas de sus ideas y, especialmente, sus expresiones literarias, tomando (“copiando” diría yo), algunas descripciones al pie de la letra, ya que cualquier otra alternativa sería ensombrecer aquello que ya brilla con luz propia. Así, Muelas, Martín Gaité, Ribeyro, Muñoz Rojas, Lera y Delibes están presentes de alguna manera en estas líneas. En el caso de Miguel Delibes, del que siento verdadera pasión literaria, cabe indicar que me ha servido para documentarme sobre conocimientos cinegéticos y ayudarme en el trazo de pinceladas de carácter rural. Siendo “Las Ratas”, “La sombra del ciprés es alargada”, “Diario de un Cazador” y “El libro de la caza menor”, algunos de los títulos consultados con este menester. La poesía y “las cosas del Campo”, de Antonio Muñoz Rojas, siempre han dado forma a mis evocaciones de las faenas rurales. Asimismo, he echado mano de escritos del paisano Federico Muelas,

relatos entroncados con nuestra tierra, habiéndome servido para expresar aspectos religiosos, pues nadie como él supo ver el sentimiento espiritual en nuestra región.

Finalmente, agradezco la labor a todas las personas que colaboran a mantener la página Web de Villar de Cañas. De ella, he obtenido datos para recalcar matices de índole humanísticos del pueblo.

Cuenca, a 1 de septiembre de 2011

LA VIRGEN Y EL PÁRROCO

Aquella tarde de tardo verano disculpé la siesta. Agosto se encontraba sobre mediado, a los días se les notaba el cansancio y había que dormir arropados porque las noches al alargarse se enfriaban. Sin embargo, a esa hora, el fuego de un sol despiadado hacía que el calor fuera agobiante. Mis pies me llevaron a las eras del Mediodía. Desde la más elevada, se dominaba el verdor ceniciento de unos prados de grama y ciacillo alrededor de unos alamillos temblones; más allá, tras la línea del Río Sanguijuelas que discurría entre chopos y olmos, campos pardos y amarillentos rastros se repartían la tierra; y detrás de ellos, unas manchas de pinar se confundían con la loma que daba acceso a Montalbanejo.

Por aquel entonces, las hacinas se presentaban menguadas y se me antojaba como si estuviésemos en los postreros sacrificios al dios del verano. Ahora se daba cumplimiento a las últimas parvas de haces. Las eras giraban al paso cansino de las mulas. Ya habían crujido las trillas y saltado las gavillas. Eran las últimas vueltas y el filo de las pernalas habían hecho añicos las cañas del trigo. Un agostero dormitaba sentado sobre un asentillo, acodado sobre las piernas con los ramales desmayados sobre las

manos. Los negros dedos de hierro del gancho apenas ya volteaban la espesura de la mies. Sus huellas solamente señalaban una leve hendidura, la paja era corta y el grano se encontraba desenredado de ella. Sólo quedaba esperar el primer anuncio de brisa para que la horca y el viento hiciesen su faena, y la semilla aventada cayese limpiamente.

Mitigué la sed con un trago de agua de la cuba. Sus duelas de madera la hacían realmente fresca. Más tarde, bajé al hondón del “Camino de los Prados”. Esa profunda horcajadura hacía que los naturales lo conociesen por el “Camino Hondo”. (Algún venero debería transcurrir por sus entrañas, a tenor de las tupidas juncadas que brotaban en sus ribazos). Un puñado de juncos y varios guijarros del suelo me sirvieron para confeccionar una sonaja. Desde chico lo había aprendido de la mano de mi padre, ya que pasábamos en el patio muchas vigiliass nocturnas trenzando hilo de pita rescatado de los haces de mies de las primeras gavilladoras.

Al descubrir en mis bolsillos dos monedas de diez céntimos y una de cinco, abrigué la oportunidad de volver a refrescarme con un polo. En el pueblo se vendían a real. Tal vez, estimulado por el calor, mis piernas salieron caminando con ese rumbo.

En la tarde agosteña el pueblo se quedaba mudo. Sólo la chicharra se desgañitaba y se dejaba sentir a lo lejos, el calor hacía solitarias sus calles. Al doblar el recodo del Arenal, una vaharada de pan recién horneado emanaba de la tahona de la señora Tecla.

Unos pasos más adelante, se abría la Plaza Mayor. Era como una enorme palma de una gigantesca mano. Sus lados laterales quedaban cercados por una franja de

fachadas blancas; en uno de sus fondos se recortaban las celosías de un templete de cemento, en el que un olmo formidable cobijaba la terraza del bar de Zacarías; y en frente, un abrevador de caballerías y una frondosa acacia, cuyo exclusivo hecho de contemplarlos aliviaban la calina, dejaban ver la fachada ocre de una antigua mansión que cerraba por ese lado los confines del recinto. Crucé la plaza arrimado a las casas para cobijarme del sol. Restregaba la moneda de diez céntimos en la cal de las fachadas. Cuando llegué a la esquina, observé el brillo nacido en el borde. Aquella esquina albergó, en tiempos, una posada. Allí, en la pared, tres cartelones anunciaban las películas de la fiesta: “Currito de la Cruz”, “Aprendiendo a morir” y “Molokay”.

Retomé el camino, y al poco me hallaba en la fábrica de gaseosas. Al abrir la hoja de la puerta, se escapó el vibrante siseo de los motores eléctricos y las espitas de las robustas botellas de carbónico, asemejando el tenue cuchicheo de un ejército de grillos. Felipe, con un aire despistado, se movía lentamente entre cubetas cubiertas de una fina telita de hielo. Parecía haberse contagiado del desorden de la pequeña factoría. Al verme reinstaló la gruesa montura de concha de sus gafas en el caballete de la nariz, y me preguntó:

- ¿De qué color lo quieres?

Si bien, el atractivo era la tonalidad con que se teñían los trozos de hielo, yo prefería distinguirlos por su sabor. Elegí el de menta, y al rato me hallaba chuperreteándolo, sintiendo cómo se me pegaba en las comisuras pringosas el polvo de la calle.

De regreso, en el callejón transversal a la carretera, frente a la cartería, advertí la puerta abierta de la iglesia. El templo, con sus anchurosos muros de piedra y sus escasos fanales, era idóneo para esquivar al calor. Al poner los pies en el interior, contra mis oídos chocaron unas fuertes voces. Junto al presbiterio, jadeante, sudoroso, embutido en una sotana negra se hallaba don Gumersindo López Langa. Tendría no más de cincuenta años. Regía los destinos parroquiales desde el final de la Guerra. No le importaba que los feligreses le llamasen don Gúmer, yo diría que, por su buen carácter, le agradaba. Pero esa tarde, arremetía con tono excitado y vibrante:

-- Esto es el colmo. Esta mañana se han presentado a comulgar en minifalda, enseñando las nalgas, ¡es una vergüenza! Están trayendo costumbres y hábitos que nunca los hemos visto por aquí. No será raro el día que los hombres tengan que esconderse huyendo de las mujeres.

Me acerqué. Tan ensimismado se encontraba que no advirtió mi presencia. Permanecí en silencio. Vi cómo su tórax se inflaba y desinflaba en un instante exhalando un sonoro resoplido, sentenciando de plano:

-- Yo no entro en estos inventos. Hay que cortar de raíz. Es necesario un escarmiento. Este año, para la fiesta, no habrá procesión.

Sus pupilas celestes despedían centellas. Un estremecimiento le recorrió el costado izquierdo. Advertí un visage en la mejilla y, rápidamente, una ráfaga le cruzó el brazo. Parecía como si una corriente extraña le obligase de repente a estirar los músculos. Más tarde, supe que ese tic le

procedía de restos de metralla de la guerra alojados en el bíceps.

Ante la respuesta incisiva y cortante, giré la mirada para saber a quién se dirigía el cura. Quedé con la boca abierta al sorprender el rostro de Nuestra Señora. Iba para dos semanas que la Virgen de la Cabeza se hallaba en el templo parroquial. Había llegado hasta allí en procesión desde la ermita. Ella, con una media sonrisa, escuchaba la crítica acerada del párroco que arremetió de nuevo:

-- ¿Y qué me dice de ellos? Esas melenas, esos harapos con los que se visten. No faltaba más que se metiesen con guitarras eléctricas en la iglesia.

La propuesta de interpretar canciones en misa por medio de guitarra acústica, había salido de Moisés. Era el más joven de los componentes de una orquesta familiar: Félix, el padre, a la cabeza, instrumentaba la acordeón; Cecilio, el hermano mayor, el saxo; y Raúl, el del medio, la batería. Pero don Gúmer no dio su brazo a torcer, a pesar de que Basiliso, el sacristán que repartía su tarea entre la iglesia y la turuta de alguacil y que también se hallaba allí, arriesgase aún a plantear sus ideas. Éste tragó saliva, estiró los picos de su blusón y tras dos pequeños golpes de tos, dijo:

-- Son Cosas que van con los tiempos, esto es el progreso.

Apenas cerrados los labios el párroco levantó los ojos al techo y zanjó:

-- ¡En lo chocante a Dios, no hay progreso que valga!

Don Gúmer enmudeció de repente y el silencio invadió la atmósfera. Se oyó el lloro de los bujes de un carro tras los muros de la iglesia. Parecía como si el eco de las voces, hubieran reprobado sus argumentaciones, como si recorriese por su cabeza una sensación de culpabilidad. Tras la pausa, la Virgen se recompuso su larga cabellera azabache sobre la nuca y, a continuación, un reproche salió de sus finísimos labios rosados:

- ¡Don Gúmer, hombre! ¿De dónde ha sacado esa furia? Con su buen corazón, con lo que lo quieren en el pueblo. ¿Cómo no vamos a recorrer sus calles este año? ¿Por qué les censura su forma de vestir? Es su personalidad, lo importante son los sentimientos.

Avanzó unos pasos la Virgen, arregló el manto con ambas manos, clavó los ojos en el párroco, se animó y ablandó la voz para seguir:

-- No se empeñe en darse cabezazos contra la pared, si quisiese, la cruzaría de un salto. El avance de la cultura no sólo está destinado a quienes tienen la misma formación que usted, ni es una tontería. Pensar así es una manera sencilla de escurrir el bulto. No entienda estas cosas como irreverentes, sino, al contrario, son consecuencia directa del progreso humano. Eso sí, es importante saber distinguir los hilos que entretejen lo bueno y lo malo de este avance, con el fin de no quedar atrapado en el mal. Además, ya sabe el lema de mi hijo: Perdonad, perdonad y perdonad.

Pero al ver que el pan seguía sin cocerse en el caletre de don Gúmer, se le acercó la Virgen de la Cabeza, asió con los dedos crispados su antebrazo, y con gravedad le dijo:

-- Basta de pretextos. Tengo que confesar que me estremezco cuando miro al campo. Al echar los ojos sobre estas tierras es como si me mezclara entre sus gentes, labradores envueltos entre una nube de polvo y pena, con el torso inclinado, la mano firme en la esteva y la mirada en la reja, surco va, surco viene, hombres honrados, en ocasiones olvidados en manos de la suerte sin tener qué comer. Y sé, a ciencia cierta que el único anhelo que les queda es verme pasar frente a sus puertas.

No obstante, en el terreno de la dialéctica don Gúmer era terco como una mula: seguía porfiando, sofocándose, resollando como si hubiera alcanzado una escarpada cumbre, no admitiendo la ola de modernismo que había llegado al lugar. Pero la Madre de Dios estaba resuelta a remediar aquello, si es que aquello aún podría remediarse. Y en vista de que no cesaba en sus argumentos, se jugó a una sola carta toda la razón.

-- Este año, también habrá procesión. ¡Y sin rechistar!

La intervención fue tan rápida, tan autoritaria, tan cortante que yo me quedé con la boca abierta, mirándola; al volver mis ojos al cura, vi cómo éste suspiraba hondo, quedando sus labios completamente soldados.

El sonido del primer toque de las campanas llamó a los cristales de mi ventana. Sonaban los cohetes, sonaban

los pasodobles dianeros, sonaban los pitos de los niños, sonaban los gritos de las mujeres, en fin, sonaban los ecos de la fiesta. Me había despertado temprano y habían pasado delante de mí imágenes de la adolescencia. El escenario era Villar de Cañas y yo me encontraba entre sus cosas y sus gentes. Más tarde, el sueño me venció y me transportó al recinto de la iglesia, sin duda, debido al estremecimiento que me supuso la noche anterior el rezo de la Salve, unas notas desafinadas que daban rienda suelta a las nostalgias de los villareños. (Apreciaba un especial sentido de aquella gente campesina para cantar con sentimiento.)

Esa mañana, percibiendo aún el olor a pólvora, me hallaba en la cama, las manos en la nuca y la mirada fija en el techo. ¡Qué agolparse de tiempos, de personas, de ocasiones! Lo que empujaba la fiesta, era una ilusión dentro del alma. “¡Ya estamos en la víspera!” “¡Ya ha llegado la fiesta!”, exclamaban los vecinos. Olían las casas a limpio, se llenaban las habitaciones con la fragancia de las frutas en sazón. El aire era una riada de hermosura con sus guirnaldas. Se convertían las calles a la primera nota de la banda en lugares de alegría y fantasía, donde podía uno compartir horas y horas con gentes que regresaban a sus hogares. Se podía pasear materialmente por tantos mundos forjados y deseados, por tantos hombros en los que nos apetecía poner el pensamiento, que aguardábamos la llegada triunfal del siete de septiembre.

LA SANTA CINTA: ENTRE LA HISTORIA Y LA LEYENDA

Era el nueve de septiembre. Me hallaba en la procesión con la que los vecinos de Villar de Cañas honraban a su patrona, la virgen de la Cabeza, en el segundo día de la fiesta de la Natividad. Mientras caminaba hacia su ermita, apreciaba en el grupo nutrido de mujeres que, cosidas a su manto la acompañaban, un simbolismo de madre. Las mujeres del pueblo querían unirse al sentimiento maternal de la Virgen, secundándola en su procesionar por esas calles. Alguna de ellas, como María, habían sufrido con la muerte de su único hijo y le habían temblado las manos al ajustar al delicado cuerpo la tela del sudario. Pies descalzos, caminando bajo la imagen, encerraban secretas promesas. En cada puerta, en cada esquina, en cada callejón, ¡cuántas conversaciones mantenían las villareñas con su Madre! Allí se hablaba más que rezaba. Eran diálogos de ardientes miradas, aflorando emociones desde lo más recóndito, no importando que pudiera percibirse el vasto sistema hidrográfico de las lágrimas sobre las mejillas.

Pasado Argelete, el cortejo se dirigió hacia la Ermita a través del Camino Vecinal de Montalvo. Era el mismo trayecto que un día, en los despachos reales, allá por

el siglo quince, con la necesidad de mejorar la comunicación entre la corte y el Mediterráneo, se vino en llamar públicamente Camino Real de Madrid a Valencia. Atravesaba todo el valle del Záncara, el cauce más señero de las tierras de Villar de Cañas, dejando a un lado el altozano de “Alcolea” que era como una falda yesosa que descendía hacia los restos de un antiguo poblado que la peste borró.

Por éste marchaba, reviviendo experiencias. En ese recordatorio, en esa repetición de vivencias sensoriales, vi la imagen inconfundible del Árbol Hueco, un olmo centenario que hace años nos dejó. Pero yo soy de aquellos que cierran los ojos para ver mejor. Por ello, en esos instantes, más que la pervivencia del recuerdo, veía el milagro, el portento, el que se me contó apenas inicié la escuela. Mi conocimiento es, pues, seglar, popular. Nunca pretendí ahondar en el dato excesivo, no quise que se diluyera la maravilla de una creación poética. Desde aquel día, yo creo en ese prodigio y me aferro a mi creencia, defendiéndola, como todos los villareños, con obstinada cerrazón. Y es que, el milagro de la Santa Cinta, vale por toda una ratificación popular del fervor mariano. Además he llegado a convencerme que, al oírlo de boca en boca, Nuestra Señora de la Cabeza corresponde con el divino asentimiento de una sonrisa.

Habrá que saber que en Villar de Cañas “El catorce de enero de mil seiscientos treinta y cinco, con motivo del embarazo de Su Majestad la Reina, se dirigía en cortejo la Santa Cinta desde la catedral de Tortosa, en dirección a la corte. Y que al paso por el santuario de Nuestra Señora de la Cabeza, tocó por sí sola dos veces un buen rato la campana de la ermita.

El hecho fue público y en pleno día; la ermita estaba cerrada; y como dista tan poco de la población, al oír algunos vecinos la campana a una hora no acostumbrada, corrieron hacia la ermita, y viendo que su única puerta estaba cerrada con un candado según costumbre, la abrieron y nadie había dentro que pudiese tañer la campana”.

Hasta aquí, el dictamen de la curia episcopal de Cuenca. Los lugareños llegan más lejos y nos cuentan que los caballos se negaron a proseguir y la Reliquia no avanzó hasta que se celebró una eucaristía en honor a la Virgen.

LA PROCESIÓN

Esa mañana se desgañitaban las campanas de la torre: la mayor, la de la Virgen; y la más chica, la del Sagrado Corazón. En la penumbra del cancel, surgió la imagen de la Madre de Dios y el azul del cielo se remansó en sus pupilas. En la expresión de bienvenida, el rumor se contagió entre la gente y, una vez la Virgen en la calle, ascendió el profundo clamor de los vivas entrelazándose con el son de las campanas y los gritos de una bandada de vencejos.

Al poco, se formó el cortejo procesional: abriéndolo, iba el encargado de los cohetes; tras él, el estandarte; en medio, la Patrona; en derredor suyo, sus devotos; a continuación, el clero y las autoridades; y cerrando marcha, la banda atacando con brío piezas procesionales.

Ese ocho de septiembre, mis pies caminaron, de nuevo, las calles del pueblo junto a la Virgen de la Cabeza. Anduvieron calles vinculadas a la morfología del pueblo, como Arenal, Callejón de la Plazoleta, Cuesta de la Taluja, Ejido, Hiedra, Las Torcas; de sabor rural, como ocurría con las de Las Eras, Las Huertas o la del Monte; vías de

advocaciones religiosas, como las de Calvario, Cruces, Iglesia o Pasión; de reminiscencia histórica, como Alcolea, Orán o Argel; y las que daban cuenta de la cuna de notables personajes locales, como Gaona, Ana Carrizo, Rubio, Hermosilla o María Luisa Vallejo. De todas ellas, siempre sentí predilección por la de un nombre sugerente, se denominaba Vuelta Galera. Mi curiosidad me llevó a preguntar a Arturo Huerta por la peculiar denominación callejera. Temí, como sucede en muchas ocasiones, que la respuesta no fuese satisfactoria. Y no lo fue. Mi amigo miraba alternativamente al cielo y al suelo, intentando averiguar en ese instante la solución al problema que le planteaba. Al fin terminó contestando: “Siempre se ha llamado así. Y así se llama”.

El breve contacto con las calles de Villar de Cañas me volvió a fascinar. Me sentía estremecido de añoranzas. Parecían que las desdichadas hierbas, esos matojos que se apoyaban en una pared, se estiraban para verme pasar, incluso, si les hubiera prestado atención, podría haberles escuchado preguntar qué tal me iba: “¡Hombre!, ¿tú por aquí? Ya te habíamos echado de menos. ¿Lo mismo no te acuerdas ya de mí? Veo que ya no quieres cuentas con los pobres”.

Pero yo sí me acordaba de ellas. Conforme transcurría la procesión, me acordaba de todo: de los baches horadados en el suelo, muchas veces llenos de estíbalos ovinos; del pequeño establo de Juan José, donde, tras el ordeño de las vacas, se ofrecía beber de esa leche tibia, dulce y espumosa que pasaba de las ubres a los baldes; del imponente escudo de armas en la fachada del caserón de los Alborno; de la fuente del Cerrillo que jamás vertía agua; de las tabernas, en donde igual se compraba vino

como media libra de chocolate; de la parra del Moreno que era pasto de tordos y chiquillos; de Salvador Ramos en su taller que, oblicuo sobre el banco, sin levantar los ojos del tablón, aserraba mientras seguía el hilo de la conversación; de la fragua, en la que Severiano, envuelto en chispas, asemejaba a un “Vulcano” aguzando formones; del gran tablón de “Sederías Rubio” que pendía inveterable de la tienda de Manolo; del patio de don Agustín, con olor a libros, a pupitres y a maestro; de la huerta de Pepe Díaz, un “Getsemani” en el centro del lugar; de tantas cosas me acordaba aquella mañana de septiembre.

Y cuántas cosas echaba de menos. Echaba de menos los dos hornillos de churreros, frente a frente, a la entrada de la plaza, ahumando el ambiente con aromas de masa frita; echaba de menos, las dos filas de casetas del tiro al blanco con las bolitas de colores esperando ser abatidas; echaba de menos unas voladoras descoloridas girando sin cesar; echaba de menos, a María “La Barquillera” tras su impoluto delantal blanco, despachando mantecados bajo la sombra del techo de su carrillo; echaba de menos, las arquillas de Daniel “El Bizcochero” repletas de gollerías nevadas de clara de huevo; y echaba de menos, a Medina el retratista, “Retinette” al cuello, inmortalizando estampas familiares.

Después de la misa, me reuní con Moisés, el herrero; Antonio Manzano (poca gente en el pueblo sabe que su verdadero apellido es Olmo); Publio, el de Juan Gregorio que en paz descansa; y el hijo del cartero, el bueno de Rúben que ya perdió hace años la batalla de aclarar la fonética de su nombre, “se dice Rúben porque viene de Rubentino”. La tertulia tuvo lugar en el bar de la Plaza

Mayor, el bar de la terraza de celosías, el del olmo viejo. En ese local, en otros tiempos, se ascendía por unas escaleras a una estancia que, además de una mesa de billar, había un tocadiscos, como aquellos que ahora ya no se ven. Alguno de nosotros seleccionábamos las canciones y ponía en marcha el aparato. La música era yeyé: Brincos, Relámpagos, Pequeñikes, Fórmula Quinta y Alberto Cortez. La verdad es que incitaba a bailar. Ciertamente, había chicas que lo hacían con una gracia irresistible, al punto que los muchachos disputábamos por bailar con ellas. Los que no bailaban, las veían pasar de brazo en brazo mientras daban caladas a los cigarrillos, la copa en la mano, intentando dibujar una ironía en el rostro. Había ocasiones en que yo era uno de ellos. De tal guisa, una tarde se me acercó Zacarías, el dueño del bar. De un manotazo me despeinó y sonriendo a media boca, dogmatizó: “—Te voy a dar un consejo —dijo—. Las mujeres son como las frutas del árbol. Quiero decir que sólo caen en tus manos las maduras. Las otras, hay que estirar los brazos y arrancarlas”.

En el bar, las voces de los grupos se entremezclaban. Se hablaba de las gentes que habían acudido a la procesión, en especial, de las jóvenes que habían lucido sus majos. Se comentaban las incidencias de la última fiesta; se vaticinaba sobre la presente: “Lo malo es si llueve”. “Eso”. “Todavía con fresco”. “Deja quieta la lluvia, ya está bien de lluvia”, alguien juraba, “en este pueblo no se puede ni tomar un aperitivo tranquilo”. Años atrás, si estaba en el bar don Anastasio, el párroco, no juraba nadie, y si por un casual se le escapaba a alguien una palabra gruesa, de todas las mesas salía un “chist” contundente y todas las miradas implorantes convergían en la sotana pastoral. Otras veces, el siseo imperativo salía de

los labios de Andrés Gómez que, a pesar de la festividad, libraba su sempiterna partida de cartas. Para todos era “El Señorito Andrés”. Su palidez en el semblante dejaba constancia de las muchas horas que pasaba bajo techado, especialmente en las mesas del bar, jugando al tresillo o al dominó. Si alguien se lo recriminaba, él lanzaba una sonrisa sarcástica que se confundía con el brillo de un diente de oro que exhibía su dentadura, y aclaraba: “la intemperie es insana para las personas. Se come la salud como lo hace con el color de los vestidos de las mujeres.” En puridad, por mucho que estirábamos las pláticas, por mucho que pormenorizábamos tantos detalles, el tiempo que disponíamos, después de tantos años, daba poco de sí. Claro es que las historias, primero, y los chismes, más tarde, con un vaso de tinto en la mano, nos dejaban satisfechos.

Carmen Villa, una amiga de antiguo, se me aproximó, sujetando a su marido por el brazo:

-- ¿No querías conocer al gallego? Aquí lo tienes.

Saludé a su esposo y al poco, marché a casa de mi anfitrión. El sol se alzaba en lo alto. La luz acertaba los planos y el agobio del calor hacía que apresurase el paso hacia el frescor de la vivienda. La presencia olfativa de buenos guisos me abría el apetito y prometía un festín memorable. De siempre, la cocina era el lugar de la casa donde, en los días de la fiesta, la agitación se concentraba. Era un esfuerzo que merecía la pena. Así sucedió ese ocho de septiembre y para satisfacción de mi convidante quedé ahíto.

EL ÚLTIMO DÍA DE LA FIESTA

En Villar de Cañas, el Día de los toros era el día diez de septiembre, el tercer día de la fiesta en honor de la virgen de la Cabeza. Ante nuestras pupilas infantiles, Un halo mágico envolvía ese mundo tan peculiar en la VIDA de un pueblo. A la voz de “Los toreros, los toreros”, acudíamos a la posada de Pedro Salas que era donde se alojaban. Alguno de nosotros iba aún más lejos: “lo toqué, lo toqué”. El posadero que rebullía desde el interior de la fonda, al fin salía, rascándose el cráneo bajo la boina capona y reprimía nuestro ardor: -- ¡Hala, que parecéis moscas borriquetas! ¡Largo de aquí! — ¡Venga, a dar la cencerrá a vuestras madres!

Luego, cada cual nos íbamos a nuestras casas. Yo pensaba en la buena vida que se daban los toreros, siempre de feria en feria, de banquete en banquete y sin tener que ir al campo a trabajar. Y camino de mi casa me salían toros invisibles de todas las esquinas. Yo los alanceaba con la imaginación y sentía los olés restallar en mis adentros.

El otro centro taurino era el local de domingo. Aunque, su nombre rezaba como “Bar Taurino” en unas letras de brea encima de la entrada, ciertamente era una taberna. Los labradores, de vuelta de las faenas, en verano,

se congregaban allí y se merendaban unos tomates y unos pepinos rociados de vinagre y aceite, con una azumbre de tinto y un par de hogazas. (Nunca llegué a comprender por qué razón allí se le llamaba un trago a lo que en todo el mundo era un litro.) Si bien, los demás días del año servía también como apeadero de “La Rápida” (un coche de línea que hacía inacabables los viajes a la Capital), los días de la fiesta se convertían en el foco taurino de la localidad. Allí, siempre había cierta animación y ese día de los toros, desde bien temprano, se llenaba ya de parroquianos que evidenciaban una notable animación. Se entendía como normal que esa fecha, tan señalada, había que comenzarla bebiendo.

Entre un vapor de humo y anís me quedaba absorto leyendo el gran cartel anunciador de la corrida, pegado en la pared de enfrente. Era un papelón con el margen izquierdo cogido de arriba abajo por una franja con los colores nacionales. En la parte superior, una cabeza de toro. Después, unas líneas en grandes caracteres: Plaza de Toros de Villar de Cañas. Y debajo, con letras destacadas, los nombres de los matadores. El tabernero no paraba de llenar copas, muchas sin que las hubiesen pedido siquiera. Las enjuagaba en un balde y volvía a ponerlas en fila sobre el mostrador. Llevaba muchos años en el negocio y conocía muy bien los gustos de todos y de cada uno de sus clientes. “— ¡A ver qué me das Domingo!” —“Hombre, pues qué te voy a dar el día de la corrida, hay que empezar con el matarratas”. “Está bien, ponme una copilla”. Y el cliente la levantaba y la apuraba de un trago. El aguardiente era de orujo y abrasaba la garganta, pero había que ahogar la tos para no desmerecer y dar la sensación de un hombre hecho y derecho. Otro le gritaba: “— ¿Y a nosotros que llevamos aquí una hora, no nos sirves o qué?” Y se daba tanta maña

que parecía multiplicarse. Sin embargo, no perdía de ojo a nadie: “— ¡Eh, tú! Son cinco copas. Me debes veinte reales.”

Pero la virtud de Domingo estribaba en el arte del relato. Su pesada humanidad, sus sesenta años, su calva oronda, sus mofletes coloreados los empleaba mientras se bebía para entretenernos con historias taurinas, fantásticas o reales, donde intervenían toreros, apoderados, mayores, maletillas, la Guardia Civil. Su vozarrón llenaba la taberna, se estrellaba contra las paredes y cuando lanzaba una carcajada, las botellas de anís temblaban en los paradores. Hubo un día en que se indignó y alcanzó en su arrebató una talla fascinante. Sus puños golpeaban el mostrador, mientras por su boca salían palabras que serían capaces de amedrentar al más pintado. Se quejaba contra quienes no le daban oportunidades a Tomillo, un torero de la provincia, que según él tenía más arte en su muleta que el mismísimo Juan Belmonte. En otros momentos alardeaba de ser un experto en toros: “¿Habéis visto el ganado? Los novillos son superiores. Si no fuese por ésta...”, y señalaba una pierna que arrastraba de un lado a otro. Se detenía un instante, bebía un sorbo de anís y proseguía depositando la mirada al cartel: “pronto iba a estar ése ahí”.

La plaza se erigía en una de las eras que daban vista a “Gaona”. La circunferencia taurina la componía un trenzado de fustes de chopos y los burladeros eran trillas mondas y lirondas. El callejón lo delimitaba una línea de galeras trabadas unas con otras en las que se disponían sillas de anea y allí, de pie o sentado, se presenciaba el espectáculo. Lo que ocurriera dentro de ella, debo confesar que nunca lo viví. Mis pocos posibles y una cerca de carrizo siempre me lo impidieron. No obstante, algunas semblanzas

se me filtraron de los coloquios que oí a los mayores. De ellos, supe de los apuros que pasaban los torerillos apechugando con novillos de poca casta. También me impresionó el relato que se hacía acerca del sobresalto que sufriera Salvador. Éste era un jinete que solía pedir las llaves del toril a lomos de su jaca torda. "Yo no tengo las llaves", le dijo don Luis Chamón, el alcalde, en el acto final del paseíllo. En efecto, cuando volvió la mirada a los jaulones que hacían de chiqueros, vio cómo la trampilla estaba levantada y el novillo a punto de saltar. La pericia de este mozo en el manejo de los toros en las dehesas, hizo que todo acabase en un susto.

En mi adolescencia, la fiesta tocaba a su fin en el salón de baile de Félix. La noche se desarrollaba con una animación exagerada, sin duda debida, a todas luces, al aliento que surgía en esos momentos finales. Félix Sáiz, el virtuoso acordeonista al frente de "Los Lobos del Ritmo", interpretaba con verdadera pasión las melodías nostálgicas, todos esos boleros que oíamos en nuestra infancia, especialmente "las dos cruces", en el que llevaba el compás con el pie y su cuerpo se enardecía o se sosegaba al ritmo de la música. Parecía que las parejas se sentían fascinadas con la poesía de la letra y que se le pasaban sin sentir los minutos. Sin reparar en nadie, giraban despacito, los ojos entrecerrados, como si se entregaran a la canción con una intimidad sincera. De vez en vez, se cruzaban una mirada, quiza, con la idea de revelarse sus secretos.

A pesar de tener en aquella época idea certera de que las cosas tienen su final, no era capaz de acostumbrarme al desasimiento. Así, la fiesta se me escapaba sin apenas saborearla. (Esta clase de sucesos fue la

que alertó en mí la idea de que nada hay largo en la vida por muy largo que quiera ser). Al día siguiente el pueblo era un desierto. Pocos quedaban en él, sólo los que tenían que reemprender faenas agrícolas. De los que partíamos, algo de cada uno de nosotros permanecía allí para siempre, un estilo de vida tal vez, o un destino, al cual se renunciaba para conservar más puramente su testimonio.

De niño, mientras salía del pueblo y comenzaba a remontar la cuesta del “Cerro del Pino”, hacía esfuerzos para no pensar en Villar de Cañas, al cual todo me transportaba. Eran tantos los recuerdos que allí quedaban que mi alma se ensombrecía. Sólo me gratificaba dejar a buen recaudo el afecto a unas gentes. Ahora me imagino a todos aquellos villareños que partían en busca de otro modo de vida apiñados en La Rápida, llevando a cuestras todo su patrimonio. Tuvieron que pasar antes frente a los hornillos de los churreros apagados junto a las paredes y los puestos de arquillas entoldados. Hasta ellos llegaría el eco de las campanas en el rezo del ángelus. Incluso, les alcanzarían las voces madrugadoras en la taberna de domingo. El autobús los llevaría primero entre pinares y zumacares; luego, por las amplias tierras de “El Llano”, atacaría la cuesta de la sierra de Villares; y sólo cuando el vehículo comenzase a descender, se darían cuenta de lo que dejaban a sus espaldas. Algunos encontrarían entonces, la estampa de la Virgen de la Cabeza que alojaban en sus carteras y quedarían silenciosos, mirando hacia sus adentros, mientras que la luminosidad del día se abría carretera adelante.

EL TÍO ELÍAS

De pequeño tuve cierta predilección por el barrio de Argelete de Villar de Cañas. Incluso, sentía curiosidad por conocer el origen de su nombre. Esto me llevó a poner una vez en apuros a mi amigo Arturo Huerta. En un principio estuvo unos instantes mirando al cielo, como si estuviera pensando; y al final, salió del aprieto moviendo la cabeza de un lado a otro, mientras giraba la gorra de visera nerviosamente entre sus dedos: “Siempre se le ha dicho Angelete. Y así se llama”. Pero, a pesar de la aseveración del bueno de Arturo, no hay duda de que se trataba de un desgaste semántico, ya que su original rotulación se debía a la calle Argel, la más notable de esos alrededores.

En estas reflexiones me hallaba cuando asistía al fervor que las gentes de la barriada profesaban a la Virgen de la Cabeza. Era un nueve de septiembre, momento en que la imagen caminaba hacia su ermita donde pasaría un año hasta volver a ser procesionada de nuevo. Allí se percibía un sentir con expresión propia, un lenguaje, diría que casi infantil, con abundancia de piezas íntimas en la ornamentación de las fachadas de sus casas. La mayoría de los altarcillos mostraban el aire de pequeños monumentos de corpus, adquiriendo la decoración urbana de ese lugar

una nueva dimensión. Al ardor se le unían, como complemento, los pasodobles de la banda gritando entre las estelas de los cohetes. Se me dijo que esta cuidadosa ornamentación volvía, pasada la fecha de lucimiento, otra vez al fondo del baúl, para ser exhibida, ennoblecida y recompuesta un año más tarde.

No pude desasirme en esos instantes del recuerdo que me sobrevino al ver a nuestra Señora encarada a la casa en donde vivió Elías Morales. El Tío Elías, que era como lo conocían todos, era un mayoral de casa grande, un labrador de los pies a la cabeza. Había llegado al pueblo desde su tierra natal, Fuente de Pedro Naharro, allá en los dominios de la Orden de Santiago.

Un año antes de su fallecimiento lo hallé descansando en el poyo de su puerta. Aprovechaba los rayos de sol para templar sus pies ya sin calor natural. Sus ojos se escondían entre los mil surcos de su piel atezada y manicruzado parecía ensimismado, sumergido a muchos metros bajo la vida. Lo único que quedaba de él en superficie, como la chimenea de un barco en pleno naufragio, era la punta humeante de su cigarrillo. Sólo al observar que mi atención estaba concentrada en él, me reconoció. Comenzamos preguntándonos por las familias y, como era natural, acabamos hablando de agricultura.

Era sencillo en sus palabras, pero en lo tocante a ese tema, solía expresarse con dichos rotundos y claros. Poseo clara memoria de cuando se encontraba eliminando los pajotes del pesebre de la yegua y preparándole la postura. Una vez limpio, colmó una espuerta de paja con la horca, la cribó enérgicamente con un harnero separando el tamo, y

cuando dispuso la paja en el pesebre y la cubría con una mano de avena, sin volverse me dijo:

-- La agricultura aquí y en muchos sitios es una lotería. Hasta el momento de la cosecha no sabes si cuajará. El agua, el pedrisco, la helada o el solano pueden estropearlo todo.

Sabía mucho del campo. Le costaba hablar, pero cuando rompía el silencio, tenía cuerda para rato. Con él se aprendía a domar las mulas, a podar los majuelos, a adobar los barbechos, y a sembrar: “Sembrar no es tirar la simiente sin ton ni son, ¿sabes? Cada tierra tiene su simienza, ¿sabes? En las lomas, el puño tiene que ir cerrado para que salga a dos barchillas menguadas por almud. En la vega, en cambio, hay que abrir bien la mano hasta soltar cuartilla y media más”.

Don Isidro Fernández de Luz gustaba hablar con el Tío Elías. Éste era un ingeniero agrónomo en el que recaía esa aureola de aristocracia que se desprende de la tenencia de una finca, especialmente si como en su caso, eso se rubricaba con el cuidadísimo bigote que le ribeteaba el labio superior y el impecable terno color marfil que lucía a diario. Desde que tuve uso de razón, siempre oí que él y el Conde eran los primeros ricos del pueblo. Ambos poseían las tres cuartas partes del término; los Abelardos y los Gómez Benita sumaban, entre los dos, otras tres cuartas partes de la cuarta parte restante; y lo que quedaba se lo repartían, mitad por mitad, Gregorio Garde, los Herminios, el Médico y los demás vecinos del pueblo.

Al ingeniero le espoleaban los ojos expectantes del Tío Elías, su inquisitiva atención y el aplomo maduro de sus

preguntas y respuestas. Un día, la charla se desarrollaba bajo una acacia, aquella que se alzaba frente al caserón de don Isidro. Éste que alcanzaba con el sombrero a las últimas ramas del árbol, con una expresión seria, se las deseaba, gesticulando con las manos, en aclararle unas ideas. Elías ponía gestos de extrañeza. Una vez que hubo acabado de liar pausadamente un cigarrillo, le prendió, dio una profunda chupada, quedó mirando al chisquero de yesca, alzó la vista y de súbito zanjó la cuestión:

-- A ver si yo lo entiendo. El subdesarrollo al que usted se refiere, en mi gramática parda, es que el campo depende del cielo, antes que del esfuerzo del labrador. Y una vez que tenemos agua y la usamos, ya se ha acabado el subdesarrollo, ¿no es así?

Cuando supe que se lo había llevado una madrugada cruda de invierno, se me representó ante mí una escena en la que lo veía en medio de la corraliza esperando a las mulas a la vuelta de la besana. A tenor con la docilidad que le presentaban sus cabezas para que las desunciera, parecía que ellas se lo agradecían porque al instante ya estaban revolcándose, quitándose el calor, el polvo y el estrés del día. Tal vez, esa noche, en alguna cuadra virtual, se sintiera su ausencia, y las mulas que lo conocían bien, encontrasen algo raro en la nueva mano que les daba el pienso. Y yo que en alguna ocasión lo había visto arrebujado en su manta sobre las pajas del camastro, pendiente de cualquier extrañeza, ahora sin él, sentía el roer desacompasado y el relincho impaciente que recorrían todos los pesebres.

AVELINO: UN CAZADOR ATÁVICO

Una tarde paseando, mis pies me llevaron hasta la ermita de la Virgen de la Cabeza en Villar de Cañas. Ya en el atrio, el portón de madera del camposanto, siempre abierto, me invitó al acceso. En ese cuadrilátero cerrado por paredes de mampostería se sentía la paz que mana de las tumbas de los muertos. Mientras leía las inscripciones de las lápidas, el sonido de un tiro de escopeta restalló cerca y un bando de palomas levantó vuelo alborotadamente detrás de la tapia. Describieron un amplio semicírculo y se alojaron en el palomar de la “Casa del Aire”. No se trataba de palomas salvajes, como la torcaz, la zurita o la bravía. Eran palomas de palomar, poco avispadadas, inocentes, que si se las sorprendía en grupo sobre un alcacer, bien podrían quedarse un buen puñado de un solo cartucho. Las otras eran bien diferentes: eran aves de temporada, volaban alto y vivo, eran tan insaciables, especialmente la torcaz, que daban la impresión de que comían por comer, no por hambre, ni mucho menos por necesidad y cuando caían en un corro de carrascas no dejaban bellota sobre las ramas. Me hallaba en estas reflexiones, cuando de repente surgió en mi mente la figura de Avelino. Intenté buscar su tumba, pero antes de encontrarla mi nostalgia ya había renacido, habiéndose puesto en marcha la maquinaria del recuerdo.

Confieso que lo poco que sé de la caza se lo debo a él. Empujado por mi curiosidad, lo escuchaba al anochecer, cuando una caricia fresca invadía el ambiente de las calles y nos reuníamos en las puertas de las casas para charlar tranquilamente. Yo, con los codos hincados en las rodillas y la barbilla entre las manos, no perdía ripio de lo que decía. Su imagen de venador paleolítico la había advertido un día que lo recibí en la entrada de mi casa. Cuando rebasó la línea de sombra, el contraluz le dibujaba una nariz rectilínea que acentuaba los rasgos ancestrales de cazador. Le ofreció tres perdices a mi madre:

-- Déme veinte duros, aunque con eso no pago ni los cartuchos.

Durante algún tiempo creí que se valía de la caza para comer y sacarse unas perrillas; luego entendí que lo hacía como superación. Avelino, cazando, sacaba su instinto atávico y empujado por ese estímulo, probaba su rapidez, su bravura y su astucia frente a las liebres, las perdices y los conejos.

Antes de montar en la bicicleta o ponerse la canana, él ya estaba pensando dónde había descargado piedra la nube y dónde no; dónde estaban altos los rastros y dónde no lo; dónde solían ir los forasteros y dónde no es fácil que apareciesen. Me llegó, más tarde la noticia de su muerte, aún joven. Me lo imaginé en Valencia, después de haber pasado la mayor parte de su vida en campo abierto, confundido con la dimensión de la tierra, en donde nada lo arrinconaba, a no ser la línea del horizonte, sin ver otra vegetación que los empapelados de las paredes, sentirse de inmediato inmerso en una atmósfera constreñida, en la que

todo le debió limitar sus movimientos, quedando aplastado entre el asfalto y el ruido.

Sus disertaciones alcanzaban la altura de lecciones magistrales. Unas noches, versaban sobre las liebres: “la piel de la liebre se confunde con el terreno que pisa. No es ya que la pellica de la liebre tire al color de la tierra, sino que el tono de cada pellica tira al color de cada tierra, y allí donde la tierra es rubial, la pellica de las liebres se vuelve encarná, y allí donde la tierra es alber, la pellica de la liebre pierde lustre. Esto quiere decir que hay que estar muy listo para descubrirlas”. También hablaba de éstas con misterio: “Las liebres en la nieve ni se evaporan ni vuelan como dicen algunos supersticiosos; simplemente, para evitar que las huellas las delaten, dan un gran salto antes de agazaparse en su escondrijo”. Pero en donde realmente brillaba su magisterio, era teorizando sobre la perdiz. Engarzaba todas las noches una retahíla interminable de sentencias sobre la patirroja: que si es perezosa por aquello de tener poca ala y mucho cuerpo; que si se puede escapar apeonando, no levanta, pero que si lo hace, vuela como el viento, lanzándose loma abajo o alzándose hacia las nubes; que es muy recelosa y hay que engancharla por cansancio; que durante la siesta, los bandos dejan un vigilante en un gasón o una piedra para dar el aviso; que cada pájaro tiene su vuelo y por tanto, su tiro; que como a la perdiz alicorta no le corras con ganas, se te mete en una maraña y ya puedes decirle adiós muy buenas; que, así mismo, vas arreglao si se te esconde en un gasón; que quienes cazamos a mano, somos cazadores, cazadores, los que nos lo guisamos y nos lo comemos todo; que en el reclamo, pájaro que entra, si es macho, hay que cepillarlo, de lo contrario, con el tiempo, cierra el pico o se salta la tapa de los sesos con los alambres de la jaula. La charla nocturna acababa cuando decía: “en el

término sólo hay cuatro cazas, dos pelos y dos plumas”. Si alguien era nuevo y enarcaba las cejas, como de extrañeza, sentenciaba: “leche, ¿no lo sabes? Pues, conejo, liebre, codorniz y perdiz”.

Recuerdo cuando anunció su salida del pueblo: “me ha salido trabajo en Valencia, voy a echar esto de menos, pero hay que sacar a la familia adelante”. En aquellos instantes me vino a la cabeza lo difícil que se entendería con la gente al hablar de “Palomarejo”, la “Cañada de las Ánimas”, el “Cerro de la Mesonera” o “Las Garnachas”. Pensaba para mis adentros que estos vocablos toponímicos, a quienes acostumbraban a moverse entre Paterna y Picaña, les vendrían un poco holgados.

Mi estancia en el camposanto no llegaría a más de dos minutos, pero ese tiempo me pareció impropio a cualquier medida, sin principio ni fin, ni capaz de sujetar, como en las ensoñaciones, la frescura de las imágenes que me habían traído el recuerdo de Avelino.

“LAS PRESAS”

Muchas de mis vivencias siendo yo un chaval están en Villar de Cañas: todos sus caminos los he hecho muchas veces a pie, sobre bicicleta o al trote de los sufridos burros. No había recoveco que mi curiosidad no atisbara. Por allí andaban tiradas muchas de mis tardes. Recuerdo piedras, muchas piedras, cunetas, fuentes, frutos caídos al pie de almendros, ceremeños, tronchos de vides, los girasoles, los interminables girasoles.

En puridad, el paisaje del término Lo descubrí desde el campanario de la iglesia. Ocurrió cuando Basiliso, el sacristán, me encomendó repicar en el primer día del novenario a la Virgen. Me fascinó la visión desde las órbitas del campanario. Tenía ante mí, en formación, multitud de pequeños canales rizados asemejando los surcos de las tierras. Era el mundo de los tejados.

Pero también, desde aquel punto podía divisar, al saliente, entre aleros y corralizas, el molino de Cándido y, en la lejanía, un fuste solitario que, encaramándose en el cono del Cerro del Pino, recordaba un vigía y cerraba el horizonte por ese lado. En sentido opuesto, y al poniente, mis ojos pudieron advertir las últimas bardas de los corrales

de Argelete; allí, los gallos estiraban los cuellos y ahuecaban las alas emitiendo un ronco quiquiriquí; alzando la mirada poco a poco, se veía a cosa de menos de doscientos pasos blanquear la carretera Local de Belmonte; más allá, espejeaban las tierras de calveros y blancares, con sus minúsculos cristales de yeso rebrillando intermitentemente, hasta alcanzar la “Serrezuela de La Morra” que serpenteaba entre tomillos, espliegos y coscojas.

Desde aquella altura aún se me presentaban más paisajes: un sendero contorneaba la “Cañada de la Segunda” y se adentraba entre olivares hasta el “Cerro Miguel”, mientras que hacia el Congosto se veía esconderse tras las lomas de “El Marquesejo” el camino del “Molino de Ibarra”. Un molino que jamás llegué a conocer. Me lo imaginé siempre como una vieja fábrica de piedra que vibraría toda con el movimiento de la rueda, que su temblor se escucharía a cien metros de distancia, que sus compartimientos estarían atestados de sacos de trigo y que la harina blanquearía las paredes. Era un lugar de los más hermosos del término. En un recodo, el agua remansada formaba un embalse, “Las Presas”, donde su nivel subía hasta el cuello de una persona adulta y era posible dar unas brazadas. Amansada allí el agua del Záncara, alcanzaba las aspas por medio de un caz horadado en la tierra que transcurría bajo la sombra de unos álamos y de unas moras silvestres que brotaban sobre la hierba húmeda.

Aquí viene a colación una anécdota que ocurrió en mi adolescencia. Todo sucedió en una ocasión cuando me acerqué al cauce en ese lugar para intentar sacar unos cangrejos con un arte que había confeccionado a base de un atadero, una piedra y restos de una rana. En ese instante, me

topé con Pepe. Era el dueño de “La Mezquita”, un bar umbroso en el que unos arcos separaban dos estancias blancas encaladas y refulgentes. Allí embobaba a los clientes con sus disertaciones sobre caza y pesca. Yo ya le había escuchado en una de ellas decir que al cangrejo se lo estaban comiendo el abono y el herbicida. (“Ha llegado la cosa a tal punto que apenas logro sacar media docena”). Pero, esa tarde, le descubrí escondido tras unas junqueras un saco enorme de cangrejos. Me impresionó el ruido viscoso que producían al escurrirse en la boca. (Por el bulto que hacían, creo que llevaría embuchadas más de cincuenta docenas). A Pepe lo veía de lejos deslizarse ágilmente entre los carrizos, pescando a mano, con los pantalones arremangados, dejando al descubierto unos muslos blancos. Al advertir mi presencia, se acercó, se pasó el envés de la mano por la frente, hundió dos dedos en su espesa cabellera canosa, se rascó toscamente el cráneo, y entre una sonrisa indescifrable como si me estuviera revelando un secreto, dijo, casi convencido: “Chaval, súbete dos kilómetros más arriba, hasta “el tocador”, que allí te hartarás a sacar, aquí será peor, no hay ninguno.

Al cesar de hablar clavó sus pupilas claras en las mías como esperando una respuesta de mi parte. Yo no le respondí y antes que permitir que siguiera con su razonamiento, cogí la bici y marché de aquel lugar. Pero, así y todo, seguro que al ver que yo me fijaba atentamente en como las aletillas de su nariz se dilataban, entendió enseguida que no me lo había tragado.

EL MELÓN DE LA SUBASTA

Mi infancia en villar de Cañas son recuerdos de veranos apacibles, de vueltas y más vueltas sentado en los asentillos de las trillas, de trayectos en carro, en galera sobre redes o meriñaques repletos de haces de trigo, de vigiliass nocturnas junto a las hacinas. Son también recuerdos de bicicleta, de juegos callejeros alrededor del pilón de las mulas, de pesca de cangrejos en el río Záncara, de batidas de pajarillos en “el Legío”, de manos perdidas de manchas por el jugo de las moras, de moragas de titos al frescor de la noche. Son recuerdos de cuentas y dictados en el patio de don Agustín, donde un leve descuido era motivo de un palmetazo. Son recuerdos de olor a leche fresca de las vacas de Juan José, de sesiones en el cinematógrafo Millán, de helados de María “la Barquillera”, de gaseosas de Felipe y de algún Celtas corto que otro del estanco de Vicente.

Pero, sobre todo, cuando evoco mi infancia en los veranos que pasé en villar de Cañas, enseguida sobrevienen a mi memoria los momentos de la fiesta en honor a Nuestra Señora de la Cabeza. Eran tiempos ciertamente duros, y el pueblo aguardaba ese instante de asueto con ansiedad. Eran días de las últimas cuadrillas de segadores, de los primeros

tractores y de agavilladoras, de escasez y silencio en los hogares. De ahí la ilusión y nervios porque llegara ese momento, de la admiración de las gentes por los pasacalles de la banda, de los puestos de escopetillas, de las arquillas y del toro de fuego. Y en el fragor de aquella ilusión, era la Virgen de la Cabeza, la esperanza de verla en la calle, lo que encabezaba la verdadera ilusión de aquellas gentes.

Por todo ello, no me resulta fácil olvidar un nueve de septiembre. No hacía un mes que Nuestra Señora de la Cabeza había llegado a la iglesia parroquial, cuando de nuevo retornaba en procesión a su ermita. Al entrar al atrio, la Virgen quedó rodeada de todos sus devotos. Era tan enorme aquella multitud que a mí me parecía que no faltaba ninguno. Seguro que junto a la verja de la sacristía, estaban los Arribas, Benita, Cid, Cirujano, Coso, Marañón, Zafra, Cruz, Utiel, Sánchez, Saiz, Acebrón, Díaz, Fontela, González, Visier, Villa, Vellisco, Sánchez-Pinedo, Salas, Ruiz de Albornoz, Villalón, Valencia, Torralba, Serna, Rubio y Vallés; bajo el olmo grande, se hallarían los Atance, Vega, Sanz, Torres, Vallejo, Valenciano, Sanchiz, Redondo, Plaza, Pedroche, Olmo, Millán, Noe, Pardo, Almendros, Belda, Campos, Rodrigo, Ramos, Pernías, Martínez, Mantecón, Luz, Jiménez, Herrero y Carrizo; y frente a la puerta, soportando el sol del mediodía sobre sus cabezas, los Del Campo, Castaño, Collado, Escribano, Escudero, Espejo, Saldaña, Fronce, Garde, González, Gutiérrez, Hernaiz, Herraiz, Huerta, Romero, Lara, Lozano, Medina y Ramírez.

Se inició el adiós a la Virgen de la cabeza. Aún quedó un rato para cobijarse en su imagen. Desde tiempo inmemorial se había implantado una subasta, con el fin de obtener recursos económicos que sufragasen las necesidades

de culto. Se pujaba sobre productos de la tierra, frutos que se habían mimado para este momento.

De repente mostraron un enorme melón. Yo no pude por menos que evocar aquél que lo tuvieron que portar entre dos personas. Su criador había sido Polonio que era como se le llamaba en el pueblo, si bien, en la partida de bautismo rezase Apolunio Saldaña.

Ciertamente era un placer escuchar a aquel hombre: “Este año los melones están regulares. Puse las matas como siempre, cuando comenzaban los barbechos a calentarse, allá para la siega, en el momento que las codornices salían de los nidos y se resguardaban en el frescor de los ribazos. Pero, vinieron mal las aguas y se las llevaron las tormentas. Hubieron de replantarse y llegan asorrotados y tarde. Otros años por ahora, ya habían agrandado las hojas, sacado las flores y desparramado las guías. Este año llevan un mes de retraso, veremos cómo paran.” En otras ocasiones resaltaba las excelencias de la planta: “no hay ninguna como el melón para encontrar la última gota de la tierra, para sacarle la sustancia y convertirla en jugo.” (Un jugo que para mí era algo más: una mezcla de frescor y azúcar). Los melonares, verdaderamente, suponían las únicas isletas verdes en el mar del verano, el resto del término tomaba un tono amarillento. Y en la choza, esperábamos impacientemente el primer fruto, como un regalo de la tierra. El melonero iba desmenuzando terrones, espolvoreaba azufre entre las matas, arrancaba la corregüela tenaz y alisaba las calles. Los chiquetes espiábamos, hoja a hoja, el fruto esperado. Y cuando aparecía el primer melón, nos poníamos perdidos de churretes, goteando las manos de azúcar líquida y los ojos nos brillaban de alegría.

Yo contemplaba la subasta absorto en estas reflexiones. Mientras, un timbre de voz llegaba a mis oídos como tamizado por sordina. Recalcaba las cualidades del melón. Y pregonaba su puja en dos mil quinientas pesetas. Lo hacía a la una, a la una y media, a las dos, a las dos y media, a las tres menos cuarto. Y antes que diera las tres en punto, desperté de mi atolondramiento, levanté mi brazo con firmeza, y dije: “tres mil pesetas”. La voz potente del subastero remató: “adjudicado”. Sin duda, todos pudieron contemplar como la sangre acudía a mi rostro. No fui capaz de decir nada. Sólo sentí que mi mano temblaba al sacarla del bolsillo con los billetes arrugados. Él me los tomó, los contó con las yemas de sus dedos gordezuelos y a continuación me dijo: “que te aproveche”.